

LOS llamados hombres prácticos no son los más útiles a la Iglesia de Jesús, como tampoco lo son los meros pregoneros de teorías, sino más bien los verdaderos contemplativos, que poseen una pasión lucidísima e infatigable: divinizar y transfigurar en Cristo y con Cristo toda realidad creada. No es paradójico, por tanto, afirmar que sólo la mística resulta verdaderamente práctica en la Iglesia de Jesús.

«Servir a la Iglesia sin servirse se ella», «Servir a la Iglesia como la Iglesia quiere ser servida»: ésta fue la «pasión dominante» del siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer. El décimo aniversario de su fallecimiento me sugiere estas consideraciones, que quieren ser un sentido acto de gratitud filial y, a la vez, el recuerdo —dirigido sobre todo a mí mismo— de una lección de fidelidad a la Iglesia, cuajada en frutos que están a la vista de todos, y que testimonian que sólo quien busca el «éxtasis», el salir fuera de sí, gastándose en exclusivo servicio a Dios y a las almas, alcanza la auténtica fecundidad del espíritu.

El anhelo del fundador del Opus Dei se plasmó en un lema de resonancias heráldicas: «Para servir, servir.» Esto es, para ser útiles, hace falta tener espíritu de servicio y demostrarlo con obras. El único honor que siempre deseó fue el de servir a la Iglesia; el derecho de renunciar a todo derecho que no fuera ofrecerse en un continuo holocausto de oración y de trabajo.

Sólo sirve el instrumento que, por muy modesto que sea, sabe hacerse adecuado al fin. «Primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en "tercer lugar", acción», escribe monseñor Escrivá de Balaguer (*Camino*, número 82). Y precisamente esta inmersión de la contemplación en la vida cotidiana, la búsqueda constante de la intimidad divina dentro del denso tejido del trabajo secular —característica principal de la ascética del Opus Dei, que el siervo de Dios grabó a fuego— es lo que da razón de su pragmatidad.

Para el fundador del Opus Dei, pionero de la espiritualidad laical, el primer efecto de la presencia de Dios en el ámbito laboral es el mejoramiento de la calidad —también técnica— del propio trabajo. Si ha de ser servicio vivo y concreto al Cuerpo viviente de Cristo, ha de estar, ante todo, bien realizado: la chapuza, la frivolidad, la dejadez, el diletantismo, se han de rechazar sin componendas, porque rebajan la dignidad del servicio en el que se resuelve toda prestación laboral.

La finalidad sobrenatural no es, por tanto, como un sello que se adhiere exteriormente al trabajo del hombre y que lleva la mercancía —sana o averiada— a su destino sin rozarla siquiera, sin incidir en su calidad intrínseca. La contemplación corrige la acción cada vez que ésta no alcanza el nivel de la dignidad de la persona humana o de la dignidad —aún mayor— de los hijos de Dios, o

LAS PROFUNDAS RAICES DE UN MENSAJE

Por Alvaro del PORTILLO

Publicamos un artículo del prelado del Opus Dei, monseñor Alvaro del Portillo, con motivo del décimo aniversario de la muerte de Josemaría Escrivá de Balaguer. Con este trabajo se completa el cuadernillo que ayer dedicamos a la efemérides con artículos de Marcelo González Martín, cardenal primado de España; Jaime Sin, cardenal de Manila; Antonio Millán Puelles, catedrático de Filosofía de la Universidad Complutense; André Frossard, uno de los pensadores católicos más importantes de Francia; Jordi Cervós, catedrático de Neuropatología de la Universidad Libre de Berlín; Peter Berglar, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Colonia; Andrés Vázquez de Prada, historiador; Alfonso Nieto, rector de la Universidad de Navarra, y un memorable artículo del inolvidable José María Pemán

cuando no sirve para la edificación del pueblo de Dios.

Esta fuente de la que mana el vivir cotidiano del cristiano y este torrente en el que ininterrumpidamente se baña el amor que busca el Amado por las calles y plazas de la ciudad, por los mares, sembrados y cumbres escarpadas, ensanchan la mente y el corazón, y les hacen aspirar el aire libre de un fervoroso *sentire cum Ecclesia*. Pocas cosas aborrecía el fundador del Opus Dei como la miopía del que no ve más allá de sus propios intereses, la mezquindad del individualismo y del aburguesamiento, el raquitismo del espíritu de cuerpo. «No me hagáis "capillitas" dentro de vuestro trabajo. Sería empequeñecer los apostolados: porque, si la "capillita" llega, ¡por fin!, al gobierno de una empresa universal... ¡qué pronto la empresa universal acaba en capillita!» (*Camino*, número 963.)

Sólo el alma contemplativa sabe vibrar continuamente al unísono con toda la Iglesia y, por tanto, acierta a responder de modo preciso —y según la propia vocación— a cada uno de los servicios que le requieren. Y ella sola advierte, por propia experiencia, que el Espíritu «sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va» (Jn. 3,8), y conoce también que en este mundo de enredos y de relativismo, hay un solo lugar del que puede afirmarse siempre y con absoluta certeza «aquí está el Espíritu de Jesús»: en la Iglesia. *Ubi ecclesia, ibi Spiritus Domini; ubi Spiritus Domini, ibi ecclesia et omnis gratia* (S. Ireneo), donde está la Iglesia, allí está el Espíritu del Señor; donde está el Espíritu del Señor, allí está la Iglesia y toda gracia.

Por esta razón, los que son movidos por el Espíritu Santo a realizar un proyecto divino, *currunt ad Ecclesiam*, corren hacia la Iglesia, por decirlo también con palabras de S. Ireneo: la certeza interior de lo específico de la propia llamada tiene el sello del auténtico carisma, sólo si se está convencido de que cuando se obra en la Iglesia y con la Iglesia, se está viviendo y actuando con el Espíritu de Dios.

Monseñor Escrivá tuvo, desde el 2 de octubre de 1928, la certeza absoluta de que el Opus Dei era verdaderamente de Dios, «un mandato imperativo de Cristo». La teología ascética y mística sabe de estas luces íntimas —toques, iluminaciones, locuciones interiores— que nada ni nadie podrían lograr turbar. Sin embargo, aun habiendo «visto» la voluntad de Dios sobre el Opus Dei —misión confiada exclusivamente a él—, buscó desde el inicio estar muy unido a la jerarquía de la Iglesia; no quiso dar paso alguno sin su aprobación y bendición, estableció normas precisas para que en todas partes y también en el futuro, la obra procediera en estrecha unión de propósitos con las Iglesias particulares. Afirmaba con desarmante sencillez que amaba el Opus Dei en la medida en que sirviera a la Iglesia. ¡Cuántas veces le he oído exclamar: «Si el Opus Dei no sirve a la Iglesia, no me interesa»

Dios exige a veces a los grandes fundadores el sacrificio de Abraham. Toda la vida gastada y concentrada en un único hijo en el que se cumple la promesa recibida: llegar a ser padre de un gran pueblo, más numeroso que las estrellas del cielo y los granos de arena del desierto... y, de improviso, Dios mismo que requiere el ofrecimiento, el holocausto. Dos momentos de la vida del fundador del Opus Dei pusieron a prueba su espíritu sobrenatural, de pura fe, precisamente en relación a este servir a la Iglesia, piedra de toque del alma verdaderamente cristiana, que, según S. Ambrosio, es siempre un «alma eclesiástica».

La primera de estas duras pruebas tuvo lugar en Madrid el jueves 22 de junio de 1933, víspera del Sagrado Corazón. La nota manuscrita en la que él mismo la refirió transmite, por su inmediatez, el escalofrío de la verdad: «A solas, en una tribuna de esta iglesia del Perpetuo Socorro, trataba de hacer oración ante Jesús Sacramentado expuesto en la Custodia, cuando, por un instante y sin llegar a concretarse razón alguna —no las hay—, vino a mi consideración este pensamiento amarguísimo: "¿Y si todo es mentira, ilusión tuya, y pierdes el tiempo..., y —lo que es peor— lo haces perder a tantos?"

Fue cosa de segundos, pero ¡cómo se padece! Entonces, hablé a Jesús, diciéndole:



Alvaro del Portillo
Prelado del Opus Dei

«Señor, si la Obra no es tuya, destrúyela; si es, confirmame.»

Inmediatamente no sólo me sentí confirmado en la verdad de su voluntad sobre su Obra, sino que vi con claridad un punto de la organización, que hasta entonces no sabía de ningún modo solucionar.»

La segunda prueba es similar a la anterior, y se encuadra en medio de una tormenta desencadenada contra el fundador y contra el Opus Dei, a principios de los años cuarenta. Se puede decir que la Obra acababa de nacer canónicamente, ya que el obispo de Madrid había concedido la primera aprobación escrita el 19 de marzo de 1941, precisamente con la intención de frenar la penosa campaña que pretendía desacreditar al Opus Dei también en Roma. El 25 de septiembre de 1941, el siervo de Dios se encontraba en La Granja de San Ildefonso (población cercana a Segovia). Estaba exhausto; a los sufrimientos ocasionados por esos lamentables sucesos se añadía la fatiga por su apostolado a lo largo y a lo ancho de España, predicando ejercicios para el clero y echando la semilla de la Obra en los ambientes más variados. Aquel día me escribió una carta, de la que cito algunos párrafos significativos:

«Jesús te me guarde, Alvaro.

(...) Ayer celebré la Santa Misa por el Ordinario del lugar, y hoy ofrecí el Santo Sacrificio y todo lo del día por el Soberano Pontífice, por su Persona e intenciones. Por cierto que, luego de la Consagración, sentí impulso interior (segurísimo, a la vez, de que la Obra ha de ser muy amada por el Papa) de hacer algo que me ha costado lágrimas: y, con lágrimas que me quemaban los ojos, mirando a Jesús Eucarístico que estaba sobre los corporales, con el corazón le he dicho *de verdad*: «Señor, si Tú lo quisieras, acepto *la injusticia*.» *La injusticia* ya imaginas cuál es: la destrucción de toda la *labor de Dios*. Sé que le agradé. ¿Cómo me iba a negar a hacer ese acto de unión con su Voluntad, si me lo pedía? Ya otra vez, en 1933 ó 1934, costándome lo que sólo El sabe, hice otro tanto.

Hijo mío: ¡qué hermosa mies nos prepara el Señor, después que nuestro Santo Padre nos conozca *de verdad* (no por calumnia) y nos sepa —tal como somos— sus fidelísimos, y nos bendiga! Se me vienen ganas de gritar, sin importarme del qué dirán, ese grito que a veces se me escapa cuando os hago la meditación: ¡Ay, Jesús, qué trigal!»

El amor a la Iglesia y al Papa le sostuvo, e imprimió en su alma una confianza indestructible en los momentos más difíciles. Ofrecía cada día su vida —«y mil vidas que tuviera», añadía con frecuencia— por la Iglesia Santa y por el Santo Padre. Siguiendo su ejemplo, en estos diez años transcurridos desde su muerte, muchas almas de tantos países y culturas diversas han buscado también, en el deseo de consumir su propia existencia sirviendo incondicionalmente a la Esposa de Cristo, la fuerza para no poner límites al sacrificio de sí mismos, realizando el trabajo cotidiano con la sonrisa en los labios. Las palabras para la devoción privada del siervo de Dios expresan eficazmente esta aspiración: «Haz que yo sepa también convertir todos los momentos y circunstancias de mi vida en ocasión de amarte, y de servir con alegría y con sencillez a la Iglesia, al romano Pontífice y a las almas, iluminando los caminos de la tierra con la luminaria de la fe y del amor.»

A. D. P.